

anuario  
1995

INSTITUTO  
DE ESTUDIOS  
ZAMORANOS  
FLORIAN  
DE OCA MPO





# **ANUARIO 1995**

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS  
"FLORIÁN DE OCAMPO" (C.S.I.C.)



**anuario**  
**1995**  
**INSTITUTO**  
**DE ESTUDIOS**  
**ZAMORANOS**  
**FLORIAN**  
**DE OCA MPO**



## CONSEJO DE REDACCIÓN

Miguel de Unamuno, Juan Carlos Alba López, Enrique Fernández-Prieto, Pedro García Alvarez,  
Antonio Pedrero Yéboles, Carmen Seisedos, Eusebio González García,  
Francisco Rodríguez Pascual, José Luis González Vallvé, Luciano García Lorenzo,  
Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Hortensia Larrén Izquierdo.

*Secretario Redacción:* Juan Carlos Alba López.

*Diseño Portada:* Ángel Luis Esteban Ramírez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS  
“FLORIÁN DE OCAMPO”  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)  
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA.

ISSN.: 0213-82-12

Depósito Legal: ZA - 297 - 1988

Imprime: HERALDO DE ZAMORA. Santa Clara, 25 - 49014 ZAMORA  
artes gráficas

# ÍNDICE





## ARTÍCULOS

ARQUEOLOGÍA .....	15
Intervenciones arqueológicas en la provincia de Zamora. 1995 .....	17
Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco, Luis Iglesias del Castillo y Ana M. Martín Arija: <i>«Los Molinos», un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce. Vezdemarbán (Zamora)</i> .....	19
Ana M. Martín Arija, Mónica Salvador Velasco, Luis Iglesias del Castillo y Ana I. Viñé Escartín: <i>Excavación arqueológica en «Las Barranqueras» de Toro</i> .....	37
Luis Iglesias del Castillo, Ana M. Martín Arija, Mónica Salvador Velasco y Ana I. Viñé Escartín: <i>Marcas de cantería y grafitos de la iglesia de San Miguel Arcángel, en Moreruela de Tábara</i> .....	53
Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco, Ana M. Martín Arija y Luis Iglesias del Castillo: <i>Documentación de los restos arquitectónicos del antiguo convento de San Francisco de Alcañices (Zamora)</i> . .....	71
Ana M. Martín Arija, Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco y Luis Iglesias del Castillo: <i>Excavación arqueológica en el solar de la Cl. Ramón Álvarez, nº 2 (Zamora)</i> .....	87
Miguel A. Martín Carbajo, Gregorio J. Marcos Contreras, Jesús C. Misiego Tejada, Francisco J. Sanz García y Francisco J. Pérez Rodríguez: <i>Excavación, documentación y seguimiento arqueológico en el solar de la Calle La Reina, números 6 y 8 (Zamora)</i> .....	105
Luis Iglesias del Castillo, Mónica Salvador Velasco, Ana I. Viñé Escartín, Ana M. Martín Arija, Miguel A. Martín Carbajo, Jesús C. Misiego Tejada, Francisco J. Sanz García, Gregorio J. Marcos Contreras y Francisco J. Pérez Rodríguez: <i>Prospección arqueológica de la zona anegada por el embalse de Ricobayo, sobre el río Esla (provincia de Zamora)</i> .....	119
ESTUDIOS ECONÓMICOS .....	145
M <sup>a</sup> Angeles Martín Ferrero: <i>El Comercio minorista en la tierra de Toro (1950-1991)</i> .....	147

ESTUDIOS FISCALES .....	173
Miguel Borrego Clavero: <i>El impuesto sobre bienes inmuebles con especial referencia a la provincia de Zamora</i> .....	175
FONDOS DOCUMENTALES .....	227
Pedro García Álvarez: <i>Documentos familiares (1494-1820) de D. Fermín de Melgar Barrio, regidor de Zamora</i> .....	229
José Luis Martín, Amanda Cabo, Dolores Moreno de Vega, Pía Senent y Juan Andrés Blanco: <i>Documentos sobre la reforma agraria referidos a la provincia de Zamora en los archivos del Iryda</i> .....	289
Antonio Matilla Tascón: <i>Documentación referente a Zamora y su provincia en el Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos: Sala de Gobierno</i> .....	307
HISTORIA .....	383
Juan Andrés Blanco Rodríguez y Coralia Alonso Valdés: <i>Zamoranos en Cuba desde finales del siglo XIX</i> .....	385
Enrique Fernández-Prieto: <i>Don Pablo Morillo y Morillo</i> .....	421
Manuel de la Granja Alonso: <i>Repoblación de Zamora en la Edad Media</i> .....	435
Francisco J. Lorenzo Pinar: <i>La autobiografía de Sor María Antonia de Jesús (1726-1799)</i> .....	467
M <sup>a</sup> Carmen Pérez Castaño: <i>La reforma de la beneficencia en Zamora (1540-1545)</i> .....	497
Cándido Ruiz González: <i>Toro en la etapa republicana: estructura social y económica (1931-1936)</i> .....	545
Jesús Vecilla Domínguez: <i>El convento de San Francisco de Zamora..</i>	579
LINGÜÍSTICA, CRÍTICA-CREACIÓN LITERARIA Y FILOLOGÍA .....	605
Esteban Conde Choya: <i>Zamora entre la ausencia y el reencuentro</i> .....	607
Juan Carlos González Ferrero: <i>Fichero bibliográfico para una enciclopedia dialectal de Zamora</i> .....	645
Francisco J. Peñas-Bermejo: <i>La creación como anclaje existencial en</i>	

<i>la poesía de Jesús Hilario Tundidor</i> .....	755
Milagros Pierna Belloso: <i>Cosas nuestras de cada día</i> .....	763
<b>SOCIOLOGÍA</b> .....	787
Aurora Sánchez Muñoz: <i>La provincia de Zamora en el proceso español de alfabetización. (1900-1930)</i> .....	789



# ARTÍCULOS









# ZAMORA ENTRE LA AUSENCIA Y EL REENCUENTRO

ESTEBAN CONDE CHOYA

*Para mis padres, que iniciaron en Zamora un nuevo camino. Para mis hermanos que echan de menos también aquel mundo primero de Zamora. Para los zamoranos, los que viven en Zamora y los que se hallan en la diáspora.*

## **PALABRAS NECESARIAS**

“Zamora entre la ausencia y el reencuentro” es un librito que he pensado siempre y he ido madurando en estos años, veintiséis ya, de distancia y de nostalgia contenida con algún que otro esporádico reencuentro. Al fin lo he vestido con palabras y con versos y lo doy a conocer a cuantos zamoranos y amigos de Zamora se inclinen por su lectura, a los que viven en tierras zamoranas y a los que se hallan en una diáspora parecida a la mía.

“Zamora entre la ausencia y el reencuentro” es un librito, pues, de nostalgia y de amor por la tierra (concreto espacio: ciudad, río, barrios, arboledas...) donde nací y viví mis inolvidables primeros años, los de infancia y adolescencia, escuelas del mundo y de la vida y aprendizaje enamorado de cuanto está vivo a nuestro alrededor.

Lo he dividido en tres partes: “Gentes”, “Lugares”, “Cosas”. Y en ellas se retratan personas que significaron y significan algo esencial en mi vida y en la vida zamorana; espacios, calles, plazas, rincones donde la existencia cotidiana de Zamora dejó constancia hermosa de los ciudadanos, los cuales realmente son los protagonistas de las causas y de los efectos de la historia grande; y cosas, festejos, juegos, casas, monumentos, procesiones... en los que, de algún modo, siguen anclados muchos de nuestros recuerdos.

En conclusión, creo que “Zamora entre la ausencia y el reencuentro” es un librito, aunque poco ambicioso, necesario para mantener viva la nostalgia y latentes unas experiencias que cualquier zamorano puede hacer suyas. Por lo menos eso es lo que he intentado llevar a término en las páginas que siguen.

Barcelona, febrero de 1991

**GENTES**

**“Aquí, aquí  
aquí canta la vida;  
aquí, aquí,  
dulzaina y tamboril”.**  
E. C.

### **El tío Tizas**

El viejo vagabundo aparecía  
con la manta de siempre en la arboleda,  
fatalmente, como la vieja rueda  
del tiempo, cuando el verano nacía.

Con amor lo recuerdo. Lo quería  
como quiero al verano, a la vereda  
del río, al puente roto, a la arboleda,  
a toda su vital mitología.

Añoro su lección de vida libre,  
su estoico caminar, su limpia ciencia  
aprendida en el arca del camino.

Ya no puedo evitar que mi alma vibre  
cuando pienso en mi infancia y en la ausencia  
de aquella ave emigrante en mi destino.

### **Los gitanos**

No eran sueño y bronce los gitanos  
que en olvido acampaban junto al río:  
eran llanto acosado por el frío,  
hambre de siglos, esposadas manos.

Los niños oficiaban como ancianos,  
y el humo de sus fuegos era el río  
del alma que buscaba en el vacío  
de la noche su esencia y sus arcanos.

Ruido humilde a lona y a sartenes  
acompañaba al Duero en su susurro,  
y todo olía a mundo castigado.

En dulces, melancólicos vaivenes,  
vengo y voy a aquel tiempo. Allí discurro  
por los sueños del pueblo marginado.

### **Los amigos de la infancia**

Amigos de mi barrio junto al Duero,  
compañeros de magia y aventuras:  
hoy, tan lejos de aquellas horas puras,  
os reúno en recuerdo duradero.

Dejemos la distancia y el dinero,  
recordemos el sol de las maduras  
almendras de los tesos, las pinturas  
del río desde el soto, aquel letrero

de NO PASAR que nunca fue acatado,  
la oscura molinera y su molino,  
el mendigo estival casi sagrado...

No importa la distancia ni el candado:  
con nostalgia se vuelve al fiel camino  
que conserva la esencia del pasado.

### **El cantero**

*Al señor Daniel y a Lolo, su hijo*

Nació en Galicia y vino hasta Zamora  
para afilar sus manos con el frío  
silencio de la piedra, y lo hizo estío,  
corazón mineral que el tiempo dora.

Domó y curó la piedra que decora  
la gracia del cimborrio, rubio brío  
que empina la ciudad en poderío  
al cielo que la mima y la enamora.

Muralla, sillería, escama de oro,  
todo ardió en las manos del cantero,  
Daniel de nombre y padre de mi amigo.

Hoy descansan sus manos bajo el lloro  
callado de un granito duradero,  
fiel talismán y de su vida abrigo.

### **Ramón Abrantes**

Voy de asombro en asombro porque Abrantes  
me enseña el caballete que le hiciera  
mi padre en otro tiempo en la primera  
hornada que esculpió con sus amantes

diamantes de diez dedos. Los diamantes  
postreros me los muestra en primavera  
de tacto silencioso y luz certera  
de cuerpos femeninos y fragantes.

Voy de asombro en asombro por el arte  
que Abrantes tiene vivo por su casa  
en bronce, en barro, en piedra... Y es tan fuerte

la huella que en el alma me reparte,  
que aunque sé que el artista muere y pasa  
sus diamantes de dios no tienen muerte.

### **Los poetas**

Estábamos colocados  
en la tapia de los muertos  
los poetas de Zamora  
esperando el tiro cierto.  
El nómada León Felipe,  
don Juan Nicasio Gallego,  
Claudio Rodríguez y el ruido  
del Duero sonando dentro,  
Jesús Hilario y un libro  
de Pasión sin silencios,  
el pobre Hernández Pascual  
con un dibujo del tiempo...  
y yo mismo, recitando  
sus poemas con mis versos.  
Porque Zamora es la misma:  
la que sueña en nuestros cuerpos  
y la que espera la muerte  
en la tapia de los muertos,  
donde estamos los poetas  
esperando el tiro cierto.

**Yo mismo**

Hoy miro mi cara en el espejo  
 y sólo veo un camino  
 deslucido por el tiempo.  
 Y adivino mis huellas  
 sobre la tierra blanda de los años,  
 tal vez sobre el silencio de los años,  
 porque los años callan  
 y nos ven pasar sin hacer nada  
 mientras los hilos de la edad se enredan  
 en cosas, en lugares, en personas,  
 acaso en esperanzas.  
 Y a veces cosas, lugares o personas,  
 o esperanzas presentes  
 reviven el latido abrasador  
 de una cosa de ayer  
     (unos chopos, un río, unas almendras)  
 que sigue atada a mí,  
 al niño que fui entonces;  
 el aura inconfundible  
 de una persona de ayer  
     (un cantero, un mendigo,  
     mis padres en lo alto)  
 que modeló mi barro  
 hacia la forma que hoy miro en el espejo.  
 Hoy miro mi cara en el espejo  
 y sobre un pilar de niños y aventuras  
 veo un hombre tallado  
 por el duro poema de la vida.  
 Aquí tenéis vida o muerte,  
 justamente vividos  
 cuarenta y siete eslabones de mi tiempo.  
 Especulad cuanto queráis sobre mi río,  
 sobre este río arrojado hacia la mar  
 desde la nieve primera zamorana.  
 Ya nada cambiaréis en la estatura  
 que hasta hoy he levantado.  
 Ahora sólo pido  
 respeto a una esperanza,  
 resumen del futuro:  
 un amor familiar,  
 unos libros soñando en otras manos  
 y un ansia de enseñar a ser vivientes  
 herederos de la tierra de la infancia.

### Mis padres

Que la casa tuviera primavera  
y cariño exhalaran sus paredes,  
y esos balcones que hoy se mueren  
de ruina florecieran ayer viendo  
la ciudad de mi vida, se lo deben  
a mis padres porque hicieron ahí su nido.  
Y que yo no dé un latido sin que suenen  
dentro de mí campanas y murmullos  
de campanarios y azudas de mi tierra  
se lo debo a mis padres porque siempre  
sembraron en los surcos de mi infancia  
semillas de espadañas y de Duero,  
llantos de aceñas y albas de badajos.  
Y este desasosiego que me crece  
cuando amanece abril en los horarios  
y la Semana Santa en los clarines  
del recuerdo canta y reverdece,  
se debe a aquel amor que me infundieron  
mis padres por los pasos y las andas  
y los tambores y las varas... Pierde  
mi pie su suelo de ahora cuando  
desfilan por el puente de mis ojos  
Longinos, Barandales o el Yacente...

**Barandales**

*A España, el primer Barandales que conocí.*

Tío Barandales, dales, dales...  
suenan en el alma de los chavales  
mientras los pasos pasan solemnes  
por las callejas viejas, perennes.  
Esas campanas, como latidos,  
suenan a tiempos nunca perdidos  
en lo más hondo del corazón,  
como una eterna, viva canción.  
Tío Barandales, dales, dales...  
las campanadas suenan iguales  
en la distancia y en la presencia,  
en los adultos y en la inocencia.  
Semana Santa de mi ciudad.  
Los pensamientos son de piedad  
mientras voltean esas campanas  
y ves las gentes tras las ventanas  
mirar con ojos tiernos, llorosos,  
los latigazos tan dolorosos  
que sufre Dios en su soledad.  
Sigue sonando, tío Barandales,  
tío Barandales, dales, dales...  
para que nunca nos olvidemos  
de aquellas cosas que hoy no tenemos  
y que un día fueron nuestra Verdad.



**El herrero**

*A don José Tamames, párroco de San Vicente*

Durante días fue muriendo lentamente la fragua.  
El polvo de los meses fue vendando la vista  
a los cristales de la puerta  
hasta dejarlos ciegos,  
sin ganas de mirar a la herramienta  
atada a la pared con telarañas  
allí, en el interior,  
junto al yunque callado de hierro sin vigencia;  
sin ganas de mirar a la plazuela, al sol o a los nublados,  
ni al potro donde herraba él a los bueyes.  
Durante años moría lentamente el herrero  
cansado de tristeza,  
desde que ella, su esposa,  
se marchó para luego a la tierra con tapias.

Y hoy, tan lejos,  
harto ya de estar lejos de aquella vida hermosa  
que fue mi infancia cerca del potro y del herrero,  
del yunque y de la fragua y del sonido  
y del dolor del hierro golpeado  
hasta hacerse herradura...

Y hoy, tan lejos,  
me entero de su muerte,  
de la muerte total de aquel herrero.  
Y sé que otro asidero que mantenía mi infancia  
a flor de vida (no como recuerdo),  
atada y sostenida con perfumes reales,  
acaba de romperse y de caerse  
al pozo donde el tiempo colecciona despojos.  
Adiós, herrero amigo. Adiós, sonido  
vigente de mi infancia.

Lo que siento es que sólo en un poema  
se queda la emoción de una nostalgia,  
un palo de aquel potro  
y una soledad de hierba dura  
amordazando la luz y la distancia.

*(En un regreso a Zamora)*

**César el Bobo**

Es fácil verte, César, en la gente  
que en el recuerdo niño me acompaña  
con tu cuerpo escorado. Se me empaña  
la luz que arde en mi río por tu puente.

En el cristal del tiempo, nunca ausente,  
recuerdo que nuestra mejor hazaña  
era hacerte gritar “Arriba España”  
alzando el brazo serio, marcialmente.

Eres, César el Bobo, siempre el Bueno,  
el verdadero signo de la infancia,  
tamiz aventurero que nos criba.

Cuando en Semana Santa me sereno  
y recuerdo Zamora en la distancia,  
sé que aquella inocencia me reaviva.

## LOS CIEGOS CANTADORES

Cuando yo era pequeño y tenía anginas, mi madre me llevaba a la consulta de don Manuel Martín Calvo, la cual estaba a un costado de la Plaza de Abastos. No me gustaba ni pizca que el médico de cabecera de la familia me metiera una cucharilla en la boca y acabara recetándome antibióticos inyectables. Pero todo lo soportaba con tal de pasar una mañana en el mercado y en el mundo mágico y apasionante que se desarrollaba a su alrededor.

Después de la consulta mi madre me compraba un bollo relleno de crema que yo devoraba en un dulce y exquisito santiamén. Luego venía el libre deambular por entre los corros de gentes que bullían aquí y allá en torno a los charlatanes que casi regalaban plumas estilográficas irrompibles, los adivinadores del porvenir, los comerciantes en jugos y pomadas de serpiente que lo curaban todo... Sin embargo, sólo había un corro que lograba clavarme en el asfalto. Era el corro de los ciegos cantadores. Dos o tres hombres invidentes, armados de guitarras soñadoras, cantaban con desgarrada, y a veces estridente voz, horribles crímenes de aquí y de allá llenos de sangre y de descuartizamiento. En tanto que duraba la truculenta cantata, otra persona que acompañaba al grupo de cantadores repartía entre el asombrado público octavillas de colores con la letra del horrendo asesinato. Recuerdo una letra de esas que narraba el crimen cometido durante la posguerra en un pueblecito de la provincia: un romance tristísimo plagado de atrocidades donde aparecían miembros descuartizados de la víctima, diseminados por varios lugares, y al final se lograba reconstruir el cuerpo del asesinado. Los ojos en blanco de los ciegos que cantaban, el rasgueo fúnebre de las guitarras, mi madre tirándome del brazo para alejarme de aquel corro, aquellas mañanas del mercado de Abastos en que yo, enfermo de anginas, me dejaba hacer de todo con tal de vivir la vida en pequeños pero emocionantes trazos..., todo lo recuerdo ahora con una claridad que asusta y acerca a la vez al mundo de la infancia. Alguna vez aquí, en Barcelona, encuentro en mi paseo por las Ramblas, grupos de cantantes que se ganan unas monedas musicando y cantando canciones de moda, y mi corazón se ablanda. Pero la emoción que dejan en mí no tiene que ver nada con aquella otra que los ciegos cantadores sembraban para siempre en mi alma.

## DON RAMÓN LUELMO

Del instituto recuerdo muchas y buenas cosas. La asignatura de Dibujo Artístico para el que yo estaba bien dotado según el pobre Francisco Hernández Pascual, profesor mío por entonces. Las clases de Letras de Preu con chicas, cuyos rostros y nombres no olvidaré nunca, así como las fiestas que en Valorio celebrábamos sanamente a los sonos de la música de los Beatles y otros grupos entonces de moda. O aquel primer amor que le asalta siempre a uno cuando menos se lo

espera, con poemas dejados en el portal para que la chica de turno los descubriera al regresar a casa. Amigos y profesores. Inevitables bromas de novatos, unas aceptadas de buen grado y otras que no hacían ninguna gracia. Y las clases de francés, que eran una verdadera fiesta. Y las de religión, que eran una ininterrumpida sucesión de sobresaltos y de miedos (ay, don Albino, qué ratos tan amargos nos hizo usted pasar). Nombres y nombres de profesores, en oleadas de recuerdos (unos buenos, otros no tanto) vienen a reposar ahora a la playa de la memoria: Diana, Molina, Rubio Alija, don Albinio, el de griego, el magistral Manuel Alonso... y don Ramón Luermo. Antes de tenerlo en clase ante mis ojos, yo ya lo conocía por mi hermano Nato. Cuántas promociones de alumnos habrán pasado por sus manos. El tipo de Antonio Machado: grande, corpulento; y el alma parecida: comprensiva, bonachona, amable. Don Ramón Luermo, con su eterno cuaderno de apuntes, dictaba lentamente las lecciones, y la literatura dada por él era algo muy vivo para nosotros: detrás de los datos, de las fechas y de los títulos de las obras, alentaban vidas de hombres y mujeres que se habían quemado al servicio de la belleza y de las ideas presentadas en clave de poema, de drama, de novela... Nunca un grito, una palabra de enfado. Siempre el tono grave aunque manso, apacible, de quien está seguro de que las letras, las buenas y bellas letras, deben entrar sin violencia, con armonía y, sobre todo, con latido de corazón abierto a todas las ideas, a todos los sentimientos. Yo le hice un poema ingenuo y cariñoso que empezaba así:

“Con el cuaderno en la mano  
y la bondad en la voz,  
derrama literatura  
por la clase don Ramón”.

## **RAMÓN ÁLVAREZ**

Uno de los signos de identidad de Zamora es su Semana Santa, y son muchos los imagineros zamoranos que han contribuido a darle brillo y personalidad. Julio Gómez el Chepa talló la Santa Cruz que desfila como paso insignia el Jueves Santo por la tarde. Ricardo Segundo esculpió las figuras de la Santa Cena que hasta el año 1990 desfilaba la misma tarde (este año hemos estrenado otra más monumental, más humana si cabe, debida a las manos del escultor Mayoral). Miguel Torija creó ese magistral beso de Judas de “El prendimiento”, y ese San Pedro enfadado, y el romano dispuesto a atar con las cuerdas a Jesús y al mismo Dios con cara de resignación. Alonso de Remesal trazó la crueldad de “Los calvitos”, esos sayones que azotan a Jesús atado a la columna en “La flagelación”, también del Jueves Santo. Los sayones que acompañan a Jesús camino del Calvario en la mañana del Viernes Santo fueron esculpidos por Justo Fernández. Hipó-

lito Pérez Calvo talló las figuras de San Juan y las tres Marías que, con el desconuelo transformando sus rostros y actitudes, procesionan también el Viernes por la mañana. A Aurelio de la Iglesia se debe el grupo escultórico de “La elevación de la Cruz” de la citada procesión del Viernes Santo, y el “Santo entierro”, con el cadáver de Jesús inspirado en el de un hombre ahogado en el Duero, y la urna, tallada por Justo Fernández. Terminamos esta enumeración de imagineros zamoranos en Ramón Abrantes, que fue vecino mío allí en mi barrio de Cabañales, y a quienes debemos esa joya arrancada de madera de cerezo que es la Virgen de la Amargura.

Pero el más importante de todos es Ramón Álvarez.

A mi padre le debo esta entrañable admiración que tengo por el imaginero a quien se le ha dedicado una lápida en su casa de Balborraz y un busto de bronce a espaldas del templo de San Juan, en la Plaza Mayor.

Es el escultor por excelencia de Cristos y de Vírgenes de expresión tan humana que conmueven a las gentes a su paso por las calles de Zamora.

¿Quién puede olvidar al Jesús de la Oración del Huerto? El dolor del Cristo de “La crucifixión” es un dolor que dedicamos al cielo todos los zamoranos el Viernes Santo por la madrugada allá en las Tres Cruces a los sonos de la triste marcha de Thalberg. En nuestras mentes infantiles navegará siempre el bamboleo del caballo de Longinos y la expresión tan diferente de los dos ladrones que flanquean a Jesús lanceado. ¿Quién puede olvidar el gozo y la gloria del Jesús resucitado y la alegría de los cohetes y las campanas en su desfile triunfal?

¿Y las mujeres y las Vírgenes del dolor? La Verónica, mostrando a su paso el rostro de Jesús reflejado en el lienzo consolador, es la representante de todas las doloridas mujeres zamoranas. La Virgen de los Clavos, la Virgen de las Angustias, la Virgen de la Soledad, gestos y actitudes en que se refleja toda la gradación del dolor humano y del divino: dolor conformado en la de los Clavos, dolor maternal en la de las Angustias, dolor total e inconsolable en la Virgen de la Soledad.

No quiero terminar sin hacer referencia a otro paso creado por nuestro mejor imaginero: “La Caída”, el preferido de mi padre. En una de las paredes de nuestra casa de Zamora (ahora ya condenada a no tener nunca primavera) hubo siempre colgado un cuadro dibujado al carboncillo y hecho por mi padre que representaba “La Caída”, el grupo esculpido por Ramón Álvarez. Ahora entiendo por qué mi padre sentía verdadera devoción por este paso. Jesús, caído bajo el peso de la Cruz, refugia sus fatigados ojos en la figura desconsolada de su madre, que inútilmente le abre los brazos. Por su parte San Juan, el discípulo amado, intenta también en vano consolar a la Virgen. Y Simón Cirineo pretende con su auxilio aligerar la carga del pesado madero. También están ahí las personas ajenas al dolor: el sayón que sujeta la cuerda atada al cuello del Nazareno; el

sayón que oprime con el pie la espalda de Jesús aprestándose a azotarle con el látigo; y sobre todo, ese niño que contempla la escena sonriendo mientras lleva en una mano la cesta de los clavos y en la otra el mazo que empujará el hierro carne adentro hasta clavarla en la indigna madera.

Hay mucho más que arte en estas figuras de “La Caída” que el zamorano Ramón Álvarez cinceló para recorrer las calles de Zamora durante la mañana del Viernes Santo. Más que arte inspirado en Rafael, respira en esta composición la vida misma, el sufrimiento de los elegidos, la compasión de los que sienten el dolor de los demás y la crueldad de los que no tienen corazón.

Debemos dar gracias a nuestro mejor imaginero por recordarnos cómo es el dolor y cómo hay que sentirlo.

**COSAS**

“Que no hagan callo las cosas  
ni en el alma ni en el cuerpo”.

*León Felipe*

### **El puente romano**

Eres tú para mí, puente romano,  
como el cordón umbilical seguro  
que tiene unidos en abrazo puro  
la mágica ciudad y el barrio hermano.

Tu antigua piedra, puente, fue la mano  
que, abriendo el agua de mi Duero oscuro,  
llevó siempre mis ojos hacia el duro  
peñón, cuna del gesto zamorano.

Ya nada borrará tu esbelta forma  
de aquella vista mía desde casa  
que yo me impuse siempre como norma:

abajo el río que, rezando, pasa;  
sobre él tu carne; y, ascendiendo en celo,  
roca, muralla, campanario y cielo.

### **El tirador**

La horquilla del negrillo viva, dura,  
esperaba en el árbol mi venida,  
mi mano hábil de niño, cuya vida  
es el juego, los sueños, la aventura.

Con el filo de la navaja pura,  
pacífica, del árbol desprendida,  
la horquilla me miraba ya atrevida,  
ya ávida de tino y de captura.

Saciaba su futuro con dos gomas,  
un retal de badana y cantos finos  
que el río acarició con su paciencia.

Ahora, amigo tirador, te asomas  
a mi recuerdo con los rotos trinos  
de un pájaro abatido con tu ciencia.



### **Dulzaina y tamboril**

Solloza la dulzaina, fiel gemido,  
nasal canto de pueblo que festeja  
con viento antiguo lo que el alma deja  
sembrado en la cultura del sentido.

Truena el redoble, mágico estampido,  
sobre la piel del tamboril añeja,  
y ese son repetido, seco, aleja  
el mal demonio del tenaz olvido.

De la niñez en el retablo viejo  
esa música escapa de la aldea  
y alza versos de amor en nuestra entraña.

Dulzaina y tamboril, magia y espejo  
donde el tiempo se mira y se recrea  
a pesar de la muerte y su guadaña.

### **El Yacente**

Recuerdo aún aquel Cristo Yacente  
pasar en andas con la piel rajada  
por las calles vetustas de la amada  
ciudad en procesión triste y doliente.

Y a su paso, la zamorana gente,  
dolido el corazón, la paz turbada  
en la lágrima fiel de la mirada,  
rompía en oraciones libremente.

Las varas golpeando el suelo duro,  
los tambores solemnes y las cruces  
que arrastraban descalzos los hermanos...,

todo renace en la memoria puro  
porque eran la Verdad aquellas luces  
que el Yacente sembraba en nuestras manos.

### **La tierra de la infancia**

Cada uno a su modo lleva dentro  
una tierra primera que le aguanta,  
un lugar que le vio crecer sin miedo  
junto a la mano madre de su infancia.

Lleva dentro a su modo cada uno  
palabras de mujer que, como lluvia,  
refrescan su raíz en un oculto  
empuje de esperanza y fe futura.

Cada uno a su modo lleva dentro  
el amor al pasado que le empuja  
al amor del presente, al hondo tiempo

en que crece su esencia de ahora y lucha  
y ama y crea. Y luego, fértil muerto,  
en sus hijos será semilla pura.

### **La infancia**

¿Qué habrá sido de aquella golondrina  
cuyo viejo cadáver un verano  
asomado quedó a la claraboya  
como un fantasma fiel a su pasado?

¿Qué habrá sido de aquel verano niño  
dormido en la arboleda entre los pájaros?

¿Qué habrá sido de aquel cristal atento  
al día y a la noche, de aquel marco  
que llenaba mis ojos de altos vuelos,  
de nubes y campanas de mi barrio?

¿Adónde van las plumas que volaban  
en las nubes benditas de los barrios?

¿Adónde van las tardes que vivimos,  
la infancia y la aventura que soñamos?

### **Semana Santa**

Acabo de llegar y traigo el pecho  
repleto de latidos ancestrales,  
de olor a cera y cirio,  
de ruidos de mi Duero.  
Y compruebo que sigo siendo algo  
del niño que ayer fui cuando subía  
aquellas cuestas hechas a las andas  
de divinos yacentes.  
Y suena todavía la campana  
abriendo el paso serio de cada procesión,  
los clarines lastimeros que rompían  
el sagrado silencio de la noche del miércoles.  
Y suenan aún las toses de mi infancia,  
el golpe de las varas, el resuello  
del cirio bajo el viento,  
los ruidos que repite el tiempo siempre.  
Y Zamora no está.  
Vuelve a ser un pasado de aceitadas,  
roces de cruces, eco de tambores,  
recuerdos que aumentan esta herida  
que me inflige tenaz la Semana más Grande.

### **Los partidos de fútbol**

*A Rogelio Rengel*

Aunque acechaba siempre la derrota,  
nosotros clausurábamos los días  
con aquellos partidos junto al Duero.  
En tanto que el balón se mantenía  
anclado en nuestros pies,  
era nuestro un pedazo de la vida,  
y un diamante de tiempo  
brillaba en nuestros ojos.  
Las veintidós infancias frente a frente  
defendíamos puras  
la luz que justifica la existencia:  
el gozo irrepitable de estar vivo.  
Y allí estaba acechando como siempre

la derrota y sus dientes de fatiga,  
sus trampas de dolor,  
sus pozos de impotencia...  
Pero la tarde era inmensamente estática  
y el día era infinito en nuestros pies.  
Nosotros mismos eramos eternos  
como el Duero a cuya orilla alzábamos,  
émulos de Kubala o Ramallets,  
el andamio perenne del esfuerzo  
con paradas diabólicas  
o regates al filo de la magia.  
Y cuando al fin clavaba su puñal  
la noche de silencio en la ribera,  
salíamos de las sombras como dioses  
derrotando otra vez a la derrota.

### **La casa**

La casa de Zamora no tiene primavera.  
El invierno más triste se esconde tras sus puertas,  
y en el desván no hay sueños,  
ni aceitadas de fiestas bajo el dulce baúl de la sala materna.  
Aunque caiga la lluvia sobre las mansas tejas  
y huela el aire a flores, a vida que comienza,  
no volverán las manos que amaban las macetas.  
Ni un rostro de la vida que aquí inició su senda:  
las voces de los míos, los llantos y las fiestas,  
latidos y pisadas que emigraron sin vuelta.  
Y la ventana amiga fue olvidando la iglesia,  
tejados y bardales, golondrinas y huertas.  
A los balcones fríos los oxidó la pena,  
y murió en sus cristales el sol de la plazuela.  
Durante meses tristes en las salas desiertas  
sonaron todavía pisadas de querencia.  
Y después el silencio llovió con agua muerta  
y sembró en las paredes el invierno y la ausencia.  
Desde entonces la casa no tiene primavera.

**Botijo de Pereruela o de Moveros**

Arte y recipiente se ha hecho el barro  
 de la tierra mía,  
 domador de agua libre,  
 aljibe y surtidor.  
 ¿Qué fue del agua viva y desatada  
 en ríos y en paisajes?  
 En tu entraña de arcilla,  
 botijo de mi tierra,  
 se ha vuelto agua callada,  
 manso jugo de generosa vida,  
 agua humana,  
 bebida milagrosa conseguida  
 con fórmulas de noche y de paciencia.  
 Botijo del alfar de mis paisanos,  
 en el verano ardiente te recuerdo  
 sumido en la penumbra rezumante  
 de la fiel cantarera,  
 o a la sombra de un árbol de mi tierra  
 deseando aliviar el labio seco  
 del constante labriego zamorano.

**Romancero secuencial**

La Catedral  
 desde el soto

El Duero, espejo riente,  
 refleja la Catedral  
 entre la sombra del soto:  
 árbol, piedra y soledad  
 del agua que muere viendo  
 la diáfana eternidad.

La Colegiata  
 de Toro

La Colegiata de Toro  
 se asoma a la gran verdad  
 que es tener cerca la vega,  
 la vida en ancho caudal,  
 y dentro el brillo callado  
 de la muerte en un altar,  
 verdad que convierte al hombre  
 en eco de vanidad.

El puente de  
piedra  
desde mi barrio

Sobre la lengua del río  
la piedra del puente va  
desde mi barrio a las cuestras  
que suben a la ciudad.  
Tajamares de silencio,  
ojos sin curiosidad,  
les basta, para ser todo,  
lo que Zamora les da:  
historia y camino vivo,  
poesía y soledad.

Pinos  
y encinas

Existe otro mar en tierra  
adentro, soñado mar  
de encinas recias y pinos  
donde el hombre va a soñar,  
mar que enseña al campesino  
su labor diaria y su paz.

El portillo  
de la traición

El ojo de la muralla  
tiembla de rabia al mirar  
dentro de su tiempo muerto  
cómo repite el puñal  
de la traición su palabra  
sin Campo de la Verdad.

La Magdalena

Dentro de la Magdalena,  
ajena al vivo pasar,  
duerme su muerte una dama  
hasta el alba del final  
con sueños de amor de piedra  
y miel de serenidad.

La muralla  
y San Isidoro

La frente de la muralla  
conserva arrugas del mal,  
pensamientos de tristeza  
del sitio de la ciudad.  
Algunos cipreses lloran  
todavía, y el doblar  
de la campana en la iglesia  
nos revela el manantial.

Aceña  
de Cabañales

En la aceña de mi barrio  
el río cobra el jornal  
por las anguilas de plata  
y la harina candeal  
sin saber que el tiempo ha roto  
la tela de la verdad.

Ruinas del  
monasterio  
de Moreruela

Las ruinas de Moreruela  
escenifican la paz  
de la muerte de la piedra,  
doble muerte y doble paz,  
que en un jirón de la torre,  
en un arco, en un pilar  
canta la huella del monje  
que nos vino a pastorear,  
aquel Atilano, obispo,  
patrono de la ciudad.

Surcos

Surcos, hazas de mi tierra,  
cunas para el cereal,  
donde mi paisano sueña  
en el trigo y en el pan  
bajo soles de justicia  
y lluvias de soledad.  
En esas líneas de arado  
se mide la humanidad.

El lago  
de Sanabria  
desde arriba

Desde esta altura de pájaro  
con el corazón en paz,  
bebo el azul de Sanabria  
cuajado en su breve mar,  
lago de luz y misterio  
en cuyo amor de cristal  
San Martín de Castañeda  
baña su Comunidad.

Santa María  
la Nueva

Plaza de Santa María,  
plaza de iglesia ejemplar  
porque tiene una cigüeña  
que mide el tiempo solar  
y en su interior el milagro

de las formas que el altar  
en llamas abandonaron  
en manos de la Verdad.  
Templo de Santa María  
la Nueva, silencio y paz,  
donde el Yacente reposa  
su muerte de soledad.

Puerta Óptima  
(para nosotros  
Puerta del Obispo)

Por la Puerta del Obispo  
baja al río la ciudad  
dejando a un lado la piedra  
que fue guerra medieval  
y al otro la piedra sacra  
levantada en Catedral.  
Por la Puerta del Obispo,  
bajo el dedo de almenar,  
la ciudad deja el negocio  
para abrevarse en solaz,  
agua de río que baja  
por sotos de sombra y paz  
donde el hombre se serena  
a solas con su otro par.



## LAS ACEITADAS

Por Semana Santa mi madre iba al horno y confitaba dulces para todas las fiestas. Recuerdo que el viernes de Dolores por la tarde la veía venir por el puente de Piedra transportando la dulce carga y salía a su encuentro para ayudarla. Ya en casa veía loco de alegría los recipientes llenos de polvorones con aquella nieve de fino azúcar recubriéndolos, las rebosantes magdalenas, los solemnes rebojos zamoranos, las surcadas galletas de limón, las aceitadas... Eran estas últimas las que más me gustaban; su corazón de harina y leche, y a la vez deleznable masa, y la cruz abierta como la herida santa en su curvada cima, eran ingredientes que, combinados de la forma en que estaban combinados, convertían a la aceitada en dulce único. Yo era un chaval muy travieso y recuerdo que una Semana Santa me colé en la sala de mis padres, en la habitación donde el baúl ocultaba el recipiente de las aceitadas. El olor dulzón de las pastas impregnaba muebles y paredes y emborrachaba el aire oscuro del interior. Evité aquella baldosa movediza cuyo ruido delataba la presencia de cualquier intruso y con paso sigiloso llegué hasta el panzudo baúl bajo el cual me esperaban ansiosas las aceitadas queridas. Sin encomendarme a santo alguno, alargué mi mano por debajo del mueble y tropecé con uno de los dulces; deslicé mis yemas por la herida en cruz de la aceitada y luego, con unción, le di asilo en mi boca. Su tostada y dulce harina se deshizo generosa entre mis dientes, qué placer de aroma y de sabor. De pronto sonó la voz de mi madre, que me llamaba. Tu voz, madre, deshizo el encanto del momento. “Esteban”, sonó. “Esteban”, dijiste, y la palabra habitó pasillos y rincones, atravesó puertas y paredes. “Esteban, hijo, contesta”.

¿Cómo iba, madre, a contestarte, si la prueba del delito me inundaba de aceitosa y dulce harina la boca desde el paladar hasta los labios? Me pillaste, madre. Pero, entiéndelo, era demasiado grande la tentación. Bendita aceitada, que me pone siempre en relación con tu recuerdo, madre.

## LOS FUEGOS ARTIFICIALES

En los fuegos artificiales de San Pedro había dos momentos mágicos para nosotros los chicos. Uno, el de la noche pirotécnica, el de estar apoyado en la barandilla del puente de Piedra y clavar los ojos en el espejo oscuro del río, allá abajo, junto a las espadañas de los cangrejos y el islote de los patos de la molinera. De pronto, el cristal negro del Duero estallaba en luz y en chorros de fuego que se acercaban hasta los tímidos ojos de las estrellas. Contábamos los troncos de las palmeras, los ramajes y los flecos que los árboles luminosos dejaban colgar unos segundos del lienzo de la noche. Contábamos los intervalos de sombra y de silencio entre pirotecnia y pirotecnia, entre estampido y estampido. Y ante nuestros ojos asombrados se abría sin aviso la negra entraña de la noche en rasgadas

acrobáticas de prolongados silbidos que estallaban en truenos secos y repetidos, como propios de una luminosa y pacífica tempestad. Cuando la gente se dispersaba en todas direcciones, sabíamos que los fuegos habían terminado. Era el silencio y la sombra y la magia de los finales lo que habitaba de repente nuestro poético corazón de niños. Y volvíamos a casa como después de haber presenciado una obra de teatro hermosa y triste.

Pero a la mañana siguiente podíamos seguir metidos en la estela del hechizo. Y eso constituía el segundo momento mágico de los fuegos artificiales para los chicos. Al alba, bajábamos a la yerbera del río, a las inmediaciones del escenario de los fuegos artificiales de la noche anterior, para cosechar los restos de petardos, cohetes, cilindros pirotécnicos que habían contenido aquella arenilla mágica que la pólvora era para nosotros. Con el fruto de la cosecha en nuestras manos, buscábamos la zona del pretil aún no estrenada (huellas de muchos años de fuegos artificiales tiznaban en su mayor parte el borde del pretil del río) y, a horcadas sobre él, dándonos la cara de dos en dos, nos entregábamos a la operación más deseada y satisfactoria de todo el verano. Sirviéndonos de un carrete de hilo, dosificábamos el chorrito de la pólvora y escribíamos con él nuestro nombre y el año sobre el liso cemento del pretil. Lo disponíamos todo cuidadosamente para evitar el menor fallo y, cuando al fin quedaban listos los nombres y las fechas, les prendíamos fuego con verdadera unción. Una llamita amarillenta, acompañada de un susurro sofocado, avanzaba por los trazos de las letras y de los números, deteniéndose respetuosamente en la cruz de un T, sentándose brevemente sobre la silla de un 4... Después el silencio, la inmovilidad. Y el nombre y la fecha, grabados a fuego en el pretil, quedaban allí desafiando a los vientos y a las lluvias de otro año.

Verdaderamente, la Feria de San Pedro, con sus aperos de labranza, sus ajos, su cerámica y, sobre todo, sus fuegos artificiales, constituía una magia especial para nosotros. Y aquel muro del río, aquel pretil de Cabañales con fechas y nombres de niños grabados a fuego, era la mejor prueba de nuestra persistencia en el tiempo.

## ROMERÍAS

El buen tiempo traía las romerías a Zamora. El campo con espigas, las cunetas con margaritas blancas, los boscajes con humildes violetas y las montañas con hiniestas amarillas, (aquellos zapatitos de la Virgen), echaban de sus casas a los zamoranos en procesiones y romerías. La de la Hiniesta la recuerdo llena de Salves a la Virgen, de notas nasales de dulzaina y de estampidos de cohetes rabilargos que, tras manchar de gris el limpio azul de mayo, espantaban con su trueno repentino el volar ágil y sabio de golondrinas y vencejos, recién venidos a nuestras tierras. Dos Vírgenes salían en procesión, la de la Concha, de Zamora, y

la del Yermo, del cercano pueblo de La Hiniesta, llamado así en recuerdo del lugar (una hiniesta florida) en que fue hallada una estatuilla de la Señora un día en que Sancho IV había salido de caza y había soltado su halcón en busca de una perdiz (la perdiz a un lado y el halcón al otro, flanqueaban hermosamente la imagen de la Virgen). El refrigerio de Valorio, el olor del campo y el simpático trueque de sus respectivos bastones de mando de los alcaldes de La Hiniesta y de Zamora, eran las notas que recordábamos la gente menuda con más cariño.

Pero era la romería del Cristo de Morales la romería de nuestra preferencia. Si el 9 de mayo, día de la romería, amanecía bueno y claro, era una bendición de Dios echarse a la carretera y a los caminos del sur de la capital hacia Salamanca. Caminábamos en grupos, charlando y llevando a la espalda las provisiones de la merienda para toda la familia. Veíamos a nuestro paso las olas verdes de las mieses que granaban sus espigas. Las de la cebada, cuando acompañaba el clima, eran las de nuestro gusto; el grano, tierno y dulce, metía esperanza de verano en nuestra boca. Y a su lado, la roja amapola ponía en nuestra mirada un breve estallido de sol y de vida.

Morales del Vino era una población pequeña y tranquila entonces, arrimada a la carretera. No entrábamos, sin embargo, en sus pintorescas calles, sino que enfilábamos directamente los prados que rodeaban, a la derecha de la ruta del asfalto, la entrañable ermita del Cristo de Morales. Era obligada la visita del templo, en cuyo altar, crucificado, se ofrecía Jesús a nuestra campestre devoción. Rezábamos el rosario, y cantábamos la Salve y luego los pequeños subíamos al campanario a tocar con nuestra manos el bronce hechizador de las campanas, llenas de nombres y de fechas, entre los cuales sin duda se encontraban los nuestros. Después venía lo mejor: el baile en las praderas al son de las charangas, la degustación de vinos y limonadas, la compra de las avellanas, la contemplación de la alfarería de la tierra y la merienda con la familia, broche de oro de la romería. En un papel es difícil plasmar la emoción vivida. Pero, al menos, su recuerdo queda escrito, y aquel aire de fervor y de campo de lujosa primavera sin duda sigue indeleble en los corazones de todos los zamoranos.

**LUGARES**

“Aún vuelan, sin embargo, los vencejos  
en torno de unas torres, y allá arriba  
persiste mi niñez contemplativa”.

*Jorge Guillén*

### **Los tesos de San Frontis**

Cuando pienso en la cresta de su altura,  
me olvido de quién soy en el presente  
y hacia el pasado, sin carnet ni puente,  
se va el niño que fui vivo en su albura.

Los tesos... Oh los montes de aventura,  
de frutos que maduran limpiamente,  
de norias que en labor dura y paciente  
libran al agua de su alcoba oscura.

Desde la cresta al Duero se veía  
besar la peña en torno a la muralla  
camino de su muerte repetida.

Sobre su piel de almendros se aprendía  
a amar la tierra que obediente calla  
y ofrece al hombre su fecunda vida.

### **En el cementerio**

La campana letal del cementerio  
suena de pronto en esta tarde triste  
mientras calla el corazón y viste  
la mortaja del tiempo su misterio.

Por ese chorro de ciprés tan serio  
sube y baja la muerte. Nada existe  
que no cuente con ella. Todo insiste  
en mostrarnos su estricto magisterio.

Y sin embargo, es vida lo que veo:  
jarros, flores, fotos... Nada cierra  
este afán por dar alas al yacente.

La campana. La tarde. Mi paseo  
por este camposanto de mi tierra  
aviva mi pasado en el presente.

*(En un reencuentro)*

**Valorio**

Tú no cabes, Valorio, en un soneto,  
porque más que palabra, verso o canto  
eres trozo de vida que en el manto  
del corazón escribe su secreto.

Así que el zamorano, con respeto,  
aunque se encuentre lejos de tu santo  
refugio verde, sabe que el encanto  
de sus primeros años sigue neto.

Tú fuiste para él la sombra pura,  
la fiesta familiar y la canción  
que el cuerpo canta a abril en su regreso.

Siempre fuiste, Valorio, la aventura,  
el vino, la charanga y la ocasión  
del primer cigarrillo y primer beso.

**Las huertas**

Están las huertas de mi barrio vivas  
aún en mi memoria.  
Siguen sacando en viejos cangilones  
el agua de su nido aquellas norias.  
Aún escucho el gemido de los hierros  
y la risa del agua gota a gota.  
Y veo en el cristal de los recuerdos  
una mancha de mora,  
una tarde de gozo y de aventura  
por tapias y cercados de las josas.  
Y mi mano de adulto, con nostalgia,  
palpa el aire triste de esta hora,  
el deseo perdido  
en el cofre vacío de Pandora.

**La orilla de mi río**

¿Dónde estoy yo,  
el niño que quedó atrás, en mi cuerpo,  
perdido en los atajos de mi alma?  
¿Dónde estoy yo en esta orilla  
del río de mi infancia?  
Y me palpo las manos de mi ahora  
y ya no veo plumas  
y ya no veo lanas de nidos en los dedos  
ni agua de aquel Duero requerido  
junto al pretil del barrio.  
¿Dónde están ahora aquellas tardes  
de animales bajando a la yerbera  
para abreviar despacio el agua de este río?  
Y busco en todas partes algún rastro  
de aquel jirón perdido de mi vida,  
un gesto de la hierba,  
una arruga en el agua que me digan  
que yo estuve hasta el júbilo asombrado  
en este paraíso del pretérito.  
Y no descubro nada familiar.  
Y éste es el sitio.  
Aquí la escalerilla del pretil  
donde anidan cien pájaros.  
Bajo mis pies la hierba  
que en las tardes de estío flagelábamos  
en sus partidos de fútbol que clausuraban el día.  
Y la lengua fresquísima del agua  
besando la esmeralda de los juncos.  
Los árboles después y los guijarros  
modelados sin prisa por el río.  
Es éste el sitio aquel que yo adoraba  
condenado en el tiempo a ser cantado sólo.  
¿Dónde está todo?  
¿Qué inconsciente mano lo ha revuelto?  
Solamente una grácil lavandera,  
una vida pequeña de ceniza  
de pluma inquieta y sola,

chapotea en la orilla recordándome  
un flash de aquel pasado  
mientras repite el río  
su paso pertinaz hacia la muerte.

*(En un reencuentro)*

### **Plaza de Santa Lucía**

Zamora tiene una plaza  
con palacio y con iglesia  
y en lo más alto una torre  
con un nido de cigüeña.

Por ese cuadrado dulce  
circuló mi adolescencia:  
de ida, hacia el instituto;  
hacia mi casa, de vuelta.  
El cordón de San Francisco,  
relieve de oro en la piedra,  
quedó para siempre atado  
en mi mirada de fiesta.  
Y sobre la alta espadaña,  
con perfil de pluma negra,  
la cigüeña señalaba  
la luz fiel de primavera.

Ay, si en la plaza del alma  
tuviera yo una cigüeña  
que trajera algunas veces  
el sol de mi edad primera.

### **Las aceñas**

Tres aceñas tiene el Duero  
que ya no muelen el trigo:  
la de Olivares, que reza,  
entre sus ruinas, al Cristo;  
la de Cabañales, rota  
y sangrando en sus ladrillos;



y la del puente de Hierro,  
que vende paz y buen vino.  
Las aceñas olvidaron  
las palas y los molinos  
para avanzar en el alma  
sagrada de nuestro río:  
barcos varados en aguas  
que sueñan con mil caminos.  
Aceñas, aquí tenéis  
un corazón bien sencillo:  
dejad que sueñe en el sino  
del espejo que corriendo  
bendice vuestro destino.

### **Barrio en fiesta**

Dulce son hormiguea en mis entrañas  
de dulzaina y tambor con los festejos,  
de acrobáticos cohetes que iban lejos  
a besar lo más alto con sus cañas.

Culebrean en mí danzas entrañas  
de cabezudos y gigantes viejos...  
Era el barrio feliz, y sin complejos  
yo enroscaba en su mástil mis hazañas.

Era un tiempo hechizado para mí:  
contaban sólo la emoción y el canto,  
los misterios del barrio y su existencia.

Yo confío en la vida sólo así:  
que no me quiten nunca el eco santo  
de la infancia, su magia y su experiencia.

### Los Tres Árboles

Mi corazón grabado con navaja  
quedó, con la inicial de su albo nombre,  
en la vieja madera de algún árbol  
allá, junto a la orilla, en los Tres Árboles.  
Allá quedó, en las Pallas, el silencio  
de mi cuerpo desnudo bajo el agua.  
Allá, el poema oscuro, el verso en alto  
de nuestra adolescencia, sobre el remo  
de la barca que abría el alma pura  
del Duero entre las islas y dejaba  
un aroma de olvido entre la espuma  
al morirse despacio los estíos.  
Morimos un poquito allí, en la fronda,  
en la fragante alfombra que el verano  
tejía en los Tres Árboles. Moríamos  
como el sol en las ramas más lejanas  
que besaban el puente de la Vía...

Hoy los restos de aquellas tardes muertas  
se levantan chirriando en las argollas  
donde ataban las cuerdas de las barcas,  
en las cañas hundidas de las Pallas,  
en las viejas cortezas de los árboles  
donde yacen deformes corazones  
con una flecha rota y una fecha...

Decidme, compañeros de verbenas,  
de rutas por el Duero y por el alma  
estival y divina de cien tardes:  
¿no lleváis todavía alguna flecha  
clavada en vuestro adulto corazón  
de aquel amor que un día en los Tres Árboles  
os levantó la carne en oleadas?

En medio del odioso aburrimiento  
en que yacéis las tardes de domingo,  
¿no echáis de menos, presos como estáis  
del sosiego de ser mayores, algo  
del brillo libre, hermoso, de aquel beso  
de vida y aventura en los Tres Árboles  
que dioses cotidianos os volvía?

### **Alrededores de la Catedral**

Ésta es la caliente geografía de Zamora,  
la que abraza la piedra de sus muros  
y afirma los cimientos de mi sangre.  
Puedo sentir como un vencejo  
las nubes y el murmullo del río en mis latidos.  
Puedo levantarme en limpio vuelo  
sobre los rincones que me embrujaron de niño.  
Ahí, junto al Castillo, el oro viejo  
de la Catedral rompiendo  
en un impulso vivo de piedra enamorada  
ese cielo de paz que tiñe al Duero.  
Un poco más allá, la sombra quieta  
de pequeñas y táticas callejas  
pensando en escondidas cimatarras,  
en otros tiempos de amor o de traición.  
Iglesias donde duermen damas sueños  
de muerte tan tranquila en sus sepulcros.  
Rúas por donde pasa el tiempo  
soñando en corazones no estrenados  
de niñas enamoradizas...  
Ésta es la caliente geografía de Zamora,  
Zamora, eterna y viva.

### **Sanabria**

Me sorprende la paz,  
me sorprende la fe que tienen en la vida  
esos pacientes hombres que frecuentan  
silencios de castaño y de pizarra,  
de almiarés y caminos  
por donde va sencilla la existencia  
oliendo al excremento de animal  
y a vegetal labrado por paciente labriego.

Esos hombres que pasan por ahí,  
no se sabe si soñando o existiendo,  
llevan siempre en la boca una sonrisa  
con el mismo sosiego  
que al hombro una guadaña.

Vivir me dejaría en esos campos  
por donde va esa paz,  
esa fe  
que convierte a la vida  
en más hermana del hombre.

## SAN PEDRO DE LA NAVE

Cuando me nombran San Pedro de la Nave, recuerdo la imprevista visita que hicimos a la pequeña iglesia visigótica no hace muchos años cuando íbamos camino de Muelas del Pan. Fue casi una revelación. De pronto, a la derecha de la ruta descubrimos un letrero que decía:

### A SAN PEDRO DE LA NAVE EL CAMPILLO

Sin pensarlo dos veces giré el coche en esa dirección y, por un camino irregular pero casi mágico, por el olor profundo a jara florecida que lo impregnaba todo, llegamos hasta el mismo templo, situado en una gran explanada, aislado y limpio, como fuera de lugar. Y así era, en efecto, porque su original ubicación fue el pueblecito de San Pedro de la Nave, en la confluencia del río Aliste con el Esla. Pero se trajo al lugar que hoy ocupa piedra a piedra para salvarlo de las aguas con que el hombre y la industria hidroeléctrica inundaron su cuna.

Cuando llegamos junto a él, el sol doraba su centenarias piedras y recortaba con un brillo vivo su inconfundible y cruzado perfil. En el pueblo vecino, El Campillo, una amable anciana, celadora del templo, nos proporcionó la llave. Al entrar, el tiempo, agazapado en las sombras, se alumbró y en un relámpago de sol vi moverse la mano de Dios deteniendo el cuchillo con que Abrahán se disponía a sacrificar a su hijo. La sensación fue tan viva que, cuando algo más tarde mi cuerpo disfrutaba del frescor de las aguas del embalse de Muelas, seguía empapado de la impresión de paz total que el interior de San Pedro de la Nave, sus sombras y sus luces esculpidas, habían inyectado en mí sin violencia alguna.

Un poema de serena calma brotó de aquella irrepetible paz:

San Pedro de la Nave,  
navega sobre el tiempo:  
el hombre que te ha visto  
te soñará despierto.

Y en la orilla del mar,  
en su lejano puerto,  
me estarás esperando  
con los brazos abiertos.

## PALABRAS PARA TERMINAR (Por el momento)

Nada ha cambiado en el alma de Zamora. Ha cambiado su nombre en el correr de los tiempos: Ocellum Durii, Sennimure o Semure, Azemur, Çamora... Se ha desmoronado el puente de San Atilano que los romanos tendieron entre

San Frontis y Olivares y del que sólo quedan hoy gloriosos dientes gigantescos de piedra que muerden la eterna corriente del Duero. Se ha mudado de sitio, pero sin salir de su plaza, la estatua del pastor Terror de los romanos. Ha habido otras guerras después que sembraron la muerte en nuestra ciudad. Murallas que un día estrenaron sus almenas hoy ofrecen mellada su dentadura e incluso parciales desapariciones. Iglesias y palacios que fueron rincones de actividad, hoy, entre la historia y la leyenda, guardan silencio en el recodo de una plaza.

Ha cambiado la piel, incluso el esqueleto de la ciudad del Duero. Pero permanece el espíritu, el alma tranquila, soñadora, esforzada, mística, independiente de Zamora. Y a ello han contribuido todos los zamoranos: desde el pastor que lucha y muere ante el invasor que intenta adueñarse de la tierra que es su vida, hasta el escultor que con gubia milagrosa extrae de la madera rostros y gestos de Vírgenes y Cristos para que llenen de fervor las rúas zamoranas durante las Semanas Santas, pasando por el cantero o el albañil que restaura la cara de los monumentos o levanta nuevas casas para dar cobijo a las nuevas generaciones. O nosotros, zamoranos de la diáspora, que mantenemos viva la memoria de la tierra que nos vio nacer. Todos, gente dedicada al trabajo, a cuidar del terruño y a educar a los hijos en el amor a cuanto sepa y hable de Zamora.

*Cerdanyola, primavera de 1991*